

I Jornadas de Sociología de la UNMDP

“A diez años de la reapertura de la carrera de Sociología en Mar del Plata”

Facultad de Humanidades – Universidad Nacional de Mar del Plata

30 y 31 de marzo de 2017

Arq. Nahir Meline Cantar UNLP

Mesa 17: Ciudad, procesos territoriales y transformaciones urbanas.

Título

Reflexiones sobre el Patrimonio en Asentamientos informales como parte del Derecho a la Ciudad.

Resumen

En el contexto urbano argentino, las villas y asentamientos informales se han impuesto como un nuevo "tipo" urbano. Sus habitantes luchan no sólo por el acceso a la ciudad sino también por el “derecho” a la misma. Sin embargo, para llevar adelante procesos de organización social que defiendan este derecho urbano, es necesario que una comunidad se reconozca como tal y, a tal efecto, adquieren relevancia la identidad y el patrimonio cultural debido a su capacidad de disparar procesos de apropiación espacial.

En paralelo, el uso del concepto de patrimonio cultural en nuevos contextos ha derivado en una reconceptualización que incluye aspectos sociales, políticos y económicos en su conjunto, destacando la valorización de la diversidad cultural y la participación comunitaria.

En este marco, se busca analizar las posibilidades de patrimonialización cultural en villas y asentamientos, entendiendo al mismo como una búsqueda de la identidad cultural que contribuya a la cohesión social y a una mejora de su calidad de vida, como camino hacia el derecho a la ciudad.

INTRODUCCIÓN

Al momento de reflexionar sobre el contexto urbano argentino es imposible pasar por alto a las villas y los asentamientos informales. Estos espacios se han impuesto como un nuevo "tipo" urbano con características propias. Los altos porcentajes de población que acogen dan cuenta de la carencia de políticas públicas verdaderamente inclusivas y de la demanda de sus habitantes, no sólo por el acceso a la ciudad sino también por el derecho a la misma.

El concepto de "derecho a la ciudad" ha tomado fuerza en los últimos años debido a los procesos de transformación, segregación social y expulsión presentes en muchas ciudades. El mismo se determina como la capacidad de una población de tener injerencia real sobre cómo es el lugar donde viven y los procesos que allí se dan. Sin embargo, cuando una comunidad no se reconoce como tal es difícil que se produzcan procesos de organización social que defiendan este derecho urbano fundamental. Es por esto que la identidad cultural y el patrimonio, debido a su capacidad para generar procesos de apropiación espacial, se establecen como cuestiones importantes a la hora de analizar el derecho a la ciudad. Los ciudadanos "a fin de usufructuar y/o apropiarse de dichos espacios, deben ser capaces de valorar la belleza y el patrimonio que exhibe la ciudad, de consumir las actividades artísticas o culturales que brinda, o bien de generarlas y producirlas" (Girola y Thomasz 2013, 4).

Acorde a lo anteriormente dicho, entendemos que la reflexión sobre el patrimonio en asentamientos informales resulta interesante porque otorga a las comunidades herramientas de identidad territorial y cohesión social que les permiten identificarse como un colectivo que lucha por mejorar sus condiciones de vida. Paralelamente, el concepto de patrimonio ha experimentado cambios y avances a lo largo de su desarrollo, pasando de una mirada eurocentrista y monumentalista hacia una visión que aborda los aspectos sociales, políticos y económicos en su conjunto, que destaca la importancia de la diversidad cultural y hace hincapié en el derecho de participación de las comunidades. Parte de esa reconceptualización se debe al uso del concepto en nuevos contextos, que han llevado a la incorporación de otras variables que las primeras definiciones no tenían en cuenta (Endere 2009). En este sentido, pensar estos asentamientos como espacios patrimonializables genera un desafío, ya que agrega variables que ponen al concepto, una vez más, en crisis.

De acuerdo con lo expresado, en el presente trabajo se propone responder al siguiente interrogante: ¿Es posible hablar de patrimonio cultural en villas y asentamientos, entendiendo

al mismo no como lo extraordinario, sino como una búsqueda de una identidad cultural propia en aquellos elementos materiales e inmateriales que comparten sus habitantes y que contribuyen a la cohesión social y a una mejora de su calidad de vida, así como a un verdadero acceso al derecho a la ciudad? Intentando responder a esta pregunta, primero se definirán y discutirán conceptos claves como villas y asentamientos, derecho a la ciudad e identidad cultural y patrimonio, para luego reflexionar sobre las ventajas que aporta el uso del patrimonio en este tipo de urbanizaciones y las posibilidades de activación patrimonial que allí existen.

DESARROLLO

Las VILLAS Y ASENTAMIENTOS INFORMALES

Las villas y asentamientos se han convertido en un modo de acceso al suelo urbano por parte de sectores populares, que es característico de las ciudades latinoamericanas y está presente en toda gran ciudad argentina (*Bettatis 2009*). En efecto, la informalidad, como forma de crecimiento urbano, ha presentado un aceleramiento en los últimos años en las grandes ciudades del país (*Cravino et al. 2007*). Ello se debe a la marcada necesidad habitacional de sus pobladores, devenida de la ausencia de políticas públicas de acceso al suelo que incorporen a los sectores populares.

Si bien la "ilegalidad" de la situación y el ocultamiento estatal de esta problemática ha motivado la existencia de pocos datos oficiales históricos sobre la misma, existen actualmente en la Provincia de Buenos Aires 1.585 villas y asentamientos, que alojan a 419.401 familias. Un ejemplo de su crecimiento exponencial es la Región Metropolitana de Buenos Aires, la cual en 1981 tenía el 4,3% de su población viviendo en asentamientos informales, mientras que para el año 2006 esa cifra alcanzaba el 10,1%. Si se analizan estos datos en términos de crecimiento poblacional absoluto, durante el mismo período de tiempo, la ciudad formal creció un 35,7% mientras que los asentamientos crecieron un 220% (*Cravino et al. 2007*).

Si bien cada villa y asentamiento presenta procesos mixtos y características particulares, a grandes rasgos se las podría describir de la siguiente manera:

a) Las villas surgen en la década de 1930, bajo una política estatal de construcción de viviendas precarias para inmigrantes europeos, y en la de 1940, producto de migraciones internas hacia grandes ciudades del Litoral y Buenos Aires (*Guber 1999*), debido a la

descomposición de las economías rurales. Las villas se caracterizan por ser consideradas por sus habitantes como un hábitat transitorio y presentan tramas urbanas intrincadas y espontáneas, producto de acciones individuales llevadas a cabo en un período de tiempo. Se suelen ubicar en puntos estratégicos, cercanos a centros de consumo o producción y medios de transporte (*Cravino 2001*).

b) Los asentamientos informales surgieron en la década de 1980. Presentan trazados urbanos regulares y planificados, reproduciendo el ejido formal de la ciudad que los rodea. A diferencia de las villas, los asentamientos son, en su mayoría, desde sus orígenes, tomas de tierra llevadas a cabo bajo procesos organizados con una estrategia previa (*Merklen 1995*). Generalmente, sus habitantes han estado urbanizados y buscan, a través de la toma, una mejora de sus condiciones de vida. Una vez instalados reclaman la regularización de la tierra, reivindicando la posibilidad de pagarla y ser propietarios (*Cravino 2001, Cravino et al. 2007*).

Ambos tipos de urbanización se caracterizan por la tenencia ilegal de la tierra (pública y privada); la precariedad habitacional (viviendas autoconstruidas con los materiales disponibles y sin asesoramiento técnico); la densidad habitacional (aún mayor en villas); la falta de servicios e infraestructura y la precariedad de sus espacios comunes. Cabe destacar además que, en sus orígenes, sus habitantes, provenientes generalmente de las provincias del norte argentino o de países limítrofes, se desempeñaban como trabajadores poco calificados e informales en la construcción o poseían trabajos temporarios o domésticos (*Guber 1999*). Sin embargo, con las nuevas generaciones nacidas allí, es posible encontrar viviendo en estos lugares a estudiantes universitarios, comerciantes, maestros, etc.

EL DERECHO A LA CIUDAD

El concepto de derecho a la ciudad surge de la mano de Henri Lefebvre (1968), quien desde su crítica a la ciudad moderna de consumo, formula el derecho a la vida urbana en una ciudad transformada bajo las necesidades reales del hombre.

Cabe señalar que es más un derecho colectivo que uno individual. La Carta Mundial por el Derecho a la Ciudad lo define como un derecho complejo e integral que incluye no sólo factores como vivienda, ambiente y transporte, sino que también comprende múltiples dimensiones y nuevos valores como la estética, la belleza, el patrimonio cultural, la seguridad y en especial, la condición de ciudadanía, integración social y la posibilidad de identificarse con el lugar que se habita (*Girola y Thomasz 2013*). En este sentido, la cultura y el patrimonio

se han vuelto recursos para construir ciudadanía, disputar lugares en la ciudad y llevar adelante procesos de intervención en áreas urbanas (*Giola y Thomasz 2013*).

EL PATRIMONIO Y LA IDENTIDAD CULTURAL

"La cultura es la materia prima con la que se construyen las visiones de mundo" (Arizpe 2006, 14).

La identidad cultural consiste en un sentido de colectividad, de pertenencia a un grupo social, que genera una estimación sobre uno mismo, condición indispensable para el desarrollo personal y colectivo. La misma no expresa sólo un modo de vivir, sino que también genera cohesión social, equilibrio territorial, riqueza y empleo. La identidad cultural es un elemento dinámico, cambiante y permeable a factores externos (*Molano 2007*). De modo que, siguiendo la teoría de Gramsci, puede afirmarse que la cultura es "producto del modo en que se relacionan las clases hegemónicas y subalternas"; "instrumento en la lucha (o el proceso) por la hegemonía (poder simbólico)" y, al mismo tiempo que se constituye en el "espacio (ámbito, instancia) donde dicho proceso se va dando" (*Boivin et al. 1999: 99-100*). En este sentido, las identidades, principalmente las de las clases subalternas, se ven altamente influenciadas por la "ideología hegemónica", la cual promueve determinadas características de los grupos sociales que establecen lo que corresponde o no ser. Sin embargo, "existe un margen de autonomía que proviene tanto de experiencias y observaciones de la realidad concreta como de la propia posición en la estructura social", siendo las identidades un "complejo resultado de un proceso histórico y de una formación social determinada" (*Guber 1999, 179*).

Se ha afirmado que la identidad se manifiesta en el patrimonio de un pueblo (*Molano L. 2007*), que está formado por "aquellos bienes tangibles o intangibles que una comunidad, o al menos determinados sectores de ella, eligen proteger como testimonio del pasado y desean transmitir a generaciones venideras" (*Endere 2009, 29*).

Cabe destacar que el concepto de patrimonio cultural ha evolucionado, dejando de lado una visión elitista, monolítica y unívoca, y se ha expandido, reconociendo en los últimos años la importancia de su dimensión intangible y el rol de las comunidades locales. Actualmente se entiende al patrimonio como una entidad que se expresa de manera compleja

y diversa a través de las costumbres sociales, permitiendo la incorporación de aspectos materiales e inmateriales de una cultura (*Mariano 2013*). Según UNESCO, el patrimonio cultural intangible se manifiesta en las tradiciones y expresiones orales, las artes escénicas, las prácticas sociales, los conocimientos y prácticas relativas a la naturaleza y al universo y la lengua (*Arizpe 2006, Endere 2009*); así la herencia cultural de cada uno se convierte en el patrimonio de todos, aunque se reconoce la responsabilidad primaria de la comunidad que le dio origen o que custodia ese patrimonio (*Documento de Nara en Autenticidad 1994*).

Lo que hace que un bien posea valor cultural está dado por su significación histórica, arqueológica, arquitectónica, tecnológica, estética, científica, espiritual, social, tradicional o cualquier otra significancia cultural asociada a una actividad humana (*Documento de Nara en Autenticidad 1994*). Sin embargo, el patrimonio, en tanto construcción social, es un "artificio" ideado por alguien, en un momento y lugar dado, y con fines específicos, por lo que sus significados cambian según los criterios o intereses de cada época (*Prats 1997*). Si bien se suele pensar que el patrimonio cultural pertenece a una sola cultura, considerando a cada una como un bien "cerrado", estas en realidad se transforman constantemente realimentándose de otras corrientes culturales y redefiniendo sus usos y costumbres con cada generación (*Arizpe 2006, Molano L. 2007*).

Hoy en día, el patrimonio cultural se revaloriza como una construcción social que implica procesos de apropiación por parte de las comunidades. El mismo representa simbólicamente una identidad y les permite a las comunidades re-significarlo para generar un discurso de identidad que revalorice los valores locales (*Prats 1997, Mariano 2013*) e influya significativamente en su autoestima. En este contexto, el derecho al patrimonio cultural es considerado un derecho de cuarta generación, junto con el derecho a la paz y al ambiente (*Endere y Iturburu 2010*), así como un derecho humano, pese a que "los derechos culturales constituyen una categoría descuidada en el concierto de los derechos humanos, no sólo en términos de retraso de los mecanismos para garantizar su eficacia, sino también respecto al modo en que han sido enunciados en el discurso jurídico" (*Colombato 2015*).

EL PATRIMONIO Y LOS ASENTAMIENTOS INFORMALES

En este apartado se analizan las ventajas que los procesos de patrimonialización aportarían a villas y asentamientos. Si bien existen críticas sobre lo que estos procesos generan, tales como valoraciones selectivas, objetivización, teatralización, "estigmatización

territorial", y segregación urbana (*Durán 2015*), existen voces que la defienden, en tanto disparadores de procesos de identificación territorial y cohesión social (*Aguilar Fernández 1995, Fernández-Baca Casares 1999, Molano 2007, Shackel 2014, UNESCO 2016*). El patrimonio cultural inmaterial se reconoce como vehiculizador de la cohesión social y la equidad, ya que, como señala UNESCO, permite luchar contra todo tipo de discriminación y generar un fortalecimiento inclusivo del tejido social de las comunidades. Para ello es necesario prestar especial atención "a las prácticas, expresiones y conocimientos que ayudan a las comunidades, grupos e individuos a superar y abordar las diferencias de género, color, etnia, origen, clase y procedencia geográfica, y que incluyen ampliamente a todos los sectores y estratos de la sociedad, comprendidos los pueblos indígenas, emigrantes, inmigrantes, refugiados, personas de diferentes edades y género, personas discapacitadas y miembros de grupos vulnerables" (*UNESCO 2016, 42*). Este aspecto del patrimonio resulta de gran atractivo para poblaciones de orígenes diversos como las de los asentamientos, que se concentran en un mismo territorio y precisan de los procesos de organización colectiva para luchar por sus derechos.

Según Fernández-Baca Casares (*1999*) existen actualmente dos factores fundamentales que permiten pensar al patrimonio como un "recurso extraordinariamente importante para la cohesión social". Por un lado, la consideración del patrimonio no sólo como objeto, sino también "como unidad de acción donde confluyen diferentes disciplinas académicas, colectivos profesionales, instituciones (públicas y privadas), asociaciones y organizaciones ciudadanas con el fin de perpetuar la memoria para el futuro" (*Fernández-Baca Casares 1999, 119*). La posibilidad de crear un espacio donde confluyan comunidad, Estado e instituciones es un factor de suma importancia para los asentamientos informales, donde abunda la ausencia de políticas estatales e institucionales, y cuya situación de "ilegalidad" categoriza a sus ciudadanos como de "segunda". Por otro lado, la percepción de los cambios que la globalización genera produce como contrapunto una demanda del patrimonio de parte de las comunidades (*Fernández-Baca Casares 1999*). Estos factores ponen al patrimonio en agenda y permiten pensarlo como un "sistema interrelacionado, que atienda las demandas del lugar, genere y fomente actividades patrimoniales y procure la participación, cooperación y cohesión social" (*Fernández-Baca Casares 1999, 120*).

Ahora bien, estos referentes simbólicos deben ser *activados* para convertirse en patrimonio. Para pensar las probabilidades de activación patrimonial existente en villas y

asentamientos tomaremos los criterios esbozados por Llorenç Prats (1997). Como ya se ha mencionado, el patrimonio representa simbólicamente una identidad, cuyas versiones ideológicas, establecidas en una relación dialéctica entre la realidad, las ideas, los valores y los intereses de quienes las propugnan y comparten, activarán diferentes elementos potencialmente patrimonializables. Los mismos están integrados dentro de un pool virtual de referentes simbólicos patrimoniales conformados por "la naturaleza, la historia y la inspiración creativa (o el genio)" (Prats 1997, 22). Los individuos tienen identidades políticas básicas basadas en el lugar donde viven, primero, en el Estado-Nación, segundo, y en la identidad cultural regional, tercero (Arizpe 2006, Prats 1997). En este sentido cabe preguntarse qué sucede con los habitantes de villas y asentamientos, particularmente las primeras generaciones en el lugar, que tienen múltiples procedencias y diferentes culturas.

Las villas y asentamientos, en el momento de su formación, se establecen como nuevas unidades urbanas y se constituyen en los espacios de identificación de los habitantes hacia su ciudad. Estas unidades representan "la porción de espacio urbano que ha construido y habita la comunidad, por tanto las reconoce y apropia culturalmente como su territorio y lucha por su mejoramiento y consolidación" (Guarín Cobos 2003). La identificación con el lugar permite que sus ciudadanos defiendan el espacio físico y promuevan mejoras urbanísticas.

Al hablar de identidad social villera surgen dos características manifiestas, la pobreza y la inmoralidad, justificadas por su anomía y apatía (Guber 1999). Esta autora resalta la influencia de los "valores de los sectores hegemónicos" en la construcción de la identidad social y el estigma de ser "villeros", caracterizado por "el ocultamiento y la vergüenza que conducen (...) a la fragmentación de su vida social. Una primera imposición externa, como es la de ocultar el origen social, cultural y geográfico del villero, lleva a excluir experiencias y sucesos barriales de los temas de conversación (...). Ello se traduce, a la larga, en un desconocimiento deliberado de la propia historia y necesidades, del propio lugar en la estructura social y, en muchos casos, en la desvalorización y el ocultamiento vergonzante de la propia familia, de los vecinos y, en definitiva, de la propia persona" (Guber 1999, 188). Este ocultamiento de la propia identidad por el lugar físico que se habita motiva la necesidad de generar mecanismos para promover la autoestima y el orgullo. Para ello, los procesos de constitución y reforzamiento de la identidad cultural y el patrimonio resultan adecuados. El patrimonio, como representación simbólica, "tiene la capacidad de transformar las concepciones y creencias en emociones, de encarnarse, y de condensarlas y hacerlas, por lo

tanto, mucho más intensas" (Prats 1997, 29). Asimismo, el patrimonio cultural juega un papel importante en el desarrollo de un territorio, ya que representa la historia de lo que allí ha sucedido (Molano L. 2007), y genera un contexto en cual una comunidad puede identificarse y medir sus avances y retrocesos (Documento de Nara en Autenticidad 1994).

Dentro del pool virtual de referentes simbólicos patrimoniales al que se refiere Prats (2007), el de la historia es el que más peso tiene en villas y asentamientos. Por sus características, estos lugares carecen de edificios con valor histórico y debido a su carácter de "expulsados" de la ciudad no forman parte del público que los administradores de espacios históricos podrían considerar. Sin embargo resulta interesante retomar la definición de Endere (2009) de Patrimonio, cuando señala que el mismo "puede ser aquello que adquiere un fuerte significado simbólico para las generaciones presentes y futura como testimonio de las conquistas sociales o políticas alcanzadas" (2009, 29). Los procesos de conformación de asentamientos son procesos de lucha de ciudadanos expulsados por acceder al suelo urbano. En este sentido, vivir en la villa es "una prueba del propio esfuerzo y de la genuina capacidad de un individuo para hacer frente a sus necesidades" (Guber 1999, 185). Si bien muchos tienen una valoración negativa de su pobreza, han tenido grandes avances en relación a sus lugares de origen, hecho que lleva a resaltar las virtudes del "*selfmade man*" y los valores de adaptabilidad, destreza y valerosidad. Aunque el "villero" niegue su origen e intente, en la transformación de su hábitat, imitar espacios urbanos socialmente aceptados, resulta de gran importancia no perder la memoria de su lucha. La memoria de un pueblo es un patrimonio común del mismo, y aunque el contenido de la memoria varíe de un sujeto a otro, su recuerdo permite extraer los valores, aprendizajes y enseñanzas asociados al mismo. Cuando no existe un acuerdo y una rememoración en la comunidad sobre las lecciones del pasado, existe una memoria histórica conflictiva sobre la que es casi imposible construir un futuro común (Aguilar Fernández 1995).

La memoria colectiva precisa de espacios donde representarse y permanecer, de restos materiales (Aguilar Fernández 1995). En villas y asentamientos los "restos materiales" son el asfalto, la luz, el agua, la recolección de basura, algún club de fomento o la casa que algún vecino cede para realizar actividades colectivas. Estos son elementos ganados con la organización y los reclamos, elementos que mejoran su calidad de vida. Asimismo, casi todos cuentan con espacios libres improvisados que adquieren el papel de espacio público, sobre los

cuales recae un acuerdo tácito de respeto por ese espacio vacante que "es de todos" y por lo tanto, nadie se atreve a "tomarlo".

Volviendo a los referentes simbólicos patrimoniales, los elementos relacionados con la naturaleza son los que menos impacto tienen. Estos tipos de emplazamientos están ubicados en las áreas degradadas de la ciudad; antiguos basurales, zonas ferroviarias o galpones en desuso, terrenos abandonados o márgenes de arroyos sin ningún tipo de saneamiento. Las condiciones ambientales de estos lugares están directamente relacionadas con las malas condiciones de salud y habitabilidad que tienen. Ello no significa, sin embargo, que sus habitantes no sean capaces de valorar el mejoramiento de tales condiciones por parte de alguna instancia de gobierno o ONG.

Por último, nos queda analizar la inspiración creativa. La construcción social de la realidad, como proceso inconsciente e impersonal de legitimación, necesita de una hegemonía social y cultural, la cual no se limita solo a elementos sino a composiciones, donde elementos extraídos de su realidad contribuyen a crear una nueva realidad al estar en nuevas ubicaciones y contextos (*Prats 1997*). La mezcla de orígenes de los habitantes brinda múltiples oportunidades para generar actividades de promoción cultural. Existen muchos ejemplos de elementos patrimonializados en villas y asentamientos. Uno de ellos es el concepto de "minga", un tipo de organización colectiva dentro de las familias bolivianas, paraguayas y peruanas que consiste en juntar a toda la familia para construir una vivienda y que ha influido considerablemente en el proceso de auto-construcción de villas y asentamientos. Otro ejemplo son las festividades tradicionales como el carnaval o las celebraciones religiosas, como por ejemplo la fiesta de Virgen de Copacabana de la colectividad boliviana en las villas porteñas, cuyo impacto ha generado que en 1991 fuese declarada de "interés cultural" por el Gobierno de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires y de la cual han proliferado distintas agrupaciones folclóricas. Asimismo cabe destacar las ferias de comida que permiten compartir los platos típicos de sus lugares de origen, así los procesos de organización social en los barrios, como las asambleas o los clubes de fomento, que generan espacios de solidaridad y democracia participativa; entre otros.

Como hemos mencionado anteriormente la gestión del patrimonio, como parte de la gestión urbana, se ha sumado a la tendencia de la modalidad participativa, entendiendo que incluir a la comunidad en los procesos de toma de decisiones mejora significativamente la apropiación colectiva. Los procesos de patrimonialización participativos también generan la

construcción de capital social, compromiso cívico y una mejora general de la democracia que puede ayudar a crear un clima de consenso (*Shackel 2014*). Sin embargo, vale aclarar que la activación patrimonial en la práctica es iniciada por sujetos, agentes sociales, al servicio de ideas, valores u objetivos concretos y que luego es presentada a la comunidad para que esta pueda adherir, consensuar y/u otorgar dicha representación. Para activar el patrimonio se necesita "siempre" de poder, principalmente de entes gubernamentales, pero también de los poderes políticos informales y alternativos, como los que se generan de hecho en las villas. Estos últimos pueden construir patrimonio "con más intensidad cuando esta oposición no puede luchar abiertamente en la arena política del estado, de las instituciones, y se mueve en situaciones de clandestinidad" (*Prats 1997, 34*). En este sentido el patrimonio cultural, a través de la recreación y resignificación de las tradiciones ancestrales, las expresiones artísticas y culturales, la revaloración de las prácticas comunitarias y de algunos espacios colectivos, puede servir de reforzamiento de no sólo de la propia identidad sino también de instrumento de legitimación social.

CONCLUSIONES

Quien conoce una villa o asentamiento sabe que la mayoría de sus habitantes viven allí por la falta de posibilidades de acceder a una vivienda formal. Sus vidas están permanentemente condicionadas a variables que deterioran significativamente su calidad de vida, su autoestima y sus posibilidades de progreso.

Ante la pregunta inicial que nos planteamos, sobre la posibilidad de reflexionar sobre el patrimonio en asentamientos informales, creemos que el trabajo sobre el mismo es de fundamental importancia, ya que tiene la potencialidad de activar procesos de valoración de la identidad territorial y de cohesión social, dos factores que contribuyen a la promoción, individual y colectiva, de sus habitantes. Para ello es necesario romper con la actitud de desligarse de la "inmoralidad" de su hábitat que suelen emplear los "villeros" como medida protectora, que consiste en "ocuparse de las cosas de uno", es decir que debe previamente romperse las barreras de la individualidad para poder comenzar a formar comunidades más integradas, participativas y democráticas.

Aunque la Conferencia Intergubernamental sobre Políticas Culturales para el Desarrollo de la UNESCO, desarrollada en Estocolmo en 1998, hizo un llamado a los gobiernos para que se asignaran más recursos humanos y financieros a disposición del

desarrollo cultural (*Arizpe 2006*), genera cierto escepticismo las posibilidades de que el Estado actúe sobre temas de patrimonio en villas y asentamientos. Esto es porque una de las mayores características de estos lugares es la ausencia deliberada de políticas estatales. Sin embargo, existen dos fenómenos que otorgan un mejor panorama. Por un lado, los múltiples ejemplos de procesos de organización popular que mediante estructuras democráticas han conseguido suplir sus reclamos. Por el otro, la creciente presencia de organizaciones sociales e instituciones académica que intervienen y visibilizan este tipo de problemáticas. Es, quizás, hacia ellas que se deben orientar las herramientas para generar procesos de activación patrimonial que generen comunidades orgullosas de su territorio, que promuevan mediante la unión mejoras en su calidad de vida.

Asimismo y respondiendo a la pregunta inicial de este ensayo, se considera que efectivamente existen elementos potencialmente patrimonializables en estos espacios que parecen "no tener nada". Numerosos ejemplos en Argentina y América Latina demuestran que es posible llevar a cabo activaciones del patrimonio exitosas en contextos de villas y asentamientos y que ello ha redundado en la mejora integral de la calidad de vida y en el fomento de la participación ciudadana de sus poblaciones.

Estos ejemplo demuestran que es posible, y prometedor, comenzar a trabajar la idea de patrimonio cultural en villas y asentamientos, entendido como un derecho y como una vía para la mejora de la calidad de vida, ya que el patrimonio hace visible la identidad y se convierte en un elemento tangible de apropiación comunitaria.

BIBLIOGRAFÍA

Aguilar Fernández, P. Aproximaciones teóricas y analíticas al concepto de memoria histórica. *Historia y Debate. Santiago de compostela: Barros, 1995.*

Arizpe, Lourdes. «Los debates internacionales en torno al patrimonio cultural inmaterial.» *Cuicuilco* Vol.13 N°18, 2006: 13-27.

Bettatis, Clarisa. «Urbanización de asentamientos informales en la provincia de Buenos Aires.» *Bitácora* 15, Universidad Nacional de Colombia, 2009: 89-108.

Boivin, Mauricio F., Ana Rosato, y Victoria Arribas. Constructores de otredad. Una introducción a la Antropología Social y Cultural. *Buenos Aires: Eudeba, 1999.*

Colombato, Lucía. «Avances, frenos y retos en la consolidación del patrimonio cultural como derecho humano.» *Proceedings of VII Congreso del IRI / I Congreso del CoFEI / II*

Congreso de la FLAEI (La Plata, 2014). . La Plata:
<http://congresos.unlp.edu.ar/index.php/CRRII/CRRIVII/paper/view/1640> , 2015.

Cravino, María Cristina. *«La propiedad de la tierra como un proceso. Estudio comparativo de casos en ocupaciones de tierras en el Área Metropolitana de Buenos Aires.»* Land Tenure Issues in Latin America , 2001.

Cravino, María Cristina, Juan Pablo Del Río, y Juan Ignacio Duarte. *«Magnitud y crecimiento de las villas y asentamientos en el Área Metropolitana de Buenos Aires en los últimos 25 años.»* 2007.

«Documento de Nara en Autenticidad.» Conferencia de Nara en Autenticidad respecto a la Convención del Patrimonio Mundial. Nara, 1994.

Durán, Lucía. *«Barrio, patrimonio y espectáculo. Disputas por el pasado y el lugar en el centro histórico de Quito.»* Cuaderno urbano. Espacio, Cultura y Sociedad nº18, 2015: 141-168.

Endere, M., y M. Iturburu. *«La protección del patrimonio cultural en los municipios argentinos.»* Dossier Patrimonio Cultural. Facultad de Derecho de la Universidad Nacional de Mar del Plata. Revista Jurídica 5, 2010: 13-37.

Endere, María Luz. *«Algunas reflexiones acerca del patrimonio.»* En Patrimonio, Ciencia y Comunidad. Su abordaje en los partidos de Azul, Olavarría y Tandil., de María Luz Endere y J.L. Prado, 19-48. Tandil: INCUAPA, UNCPBA, 2009.

Fernández-Baca Casares, Román. *«Patrimonio histórico, cohesión social e innovación.»* PH 27, 1999: 118-123.

Girola, María Florencia, y Ana Gretel Thomasz. *«Del "derecho a la vivienda" al "derecho a la cultura": reflexiones sobre la constitución del "derecho a la ciudad" en buenos Aires desde una perspectiva etnográfica.»* Anuario antropológico 2, 2013: 131-163.

Guarín Cobos, Andres. *«Cartagena de Indias. Asentamientos informales en la década de los 90.»* Bitácora, 2003: 101-107.

Guber, Rosana. *«Identidad social villera.»* En Constructores de Otridad. Una introducción a la Antropología Social y Cultural, de Mauricio F. Boivin, Ana Rosato y Victoria Arribas, 178-192. Buenos Aires: Eudeba, 1999.

Harvey, D. *«El derecho a la ciudad.»* New Left Review nº53, 2008: 23-39.

<http://mundovilla.com/>. *«Barrio Charrua, pequeña Bolivia en el sur de la Ciudad.»* 12 de Febrero de 2016.

«ICOMOS New Zealand Charter for the conservation of places of cultural heritage value.» Auckland, 1993.

Lefebvre, Henri. El derecho a la ciudad. Barcelona: Ediciones península, 1968.

Mariano, Mercedes. «Nuevas perspectivas en torno al patrimonio inmaterial.» En Temas de Patrimonio Cultural, de María Luz Endere, María Gabriela Chaparro y Carolina Inés Mariano, 101-115. Tandil: Universidad Nacional del Centro de la Provincia de Buenos Aires, 2013.

Merklen, Denis. «Asentamientos y vida cotidiana. Organización popular y control social en las ciudades.» Delito y Sociedad, 1995: 107-114.

Molano L., Olga Lucía. «Identidad cultural, un concepto que evoluciona.» Opera N°7, 2007: 69-84.

Prats, Llorenc. Antropología y Patrimonio. Barcelona: Editorial Ariel S.A., 1997.

Shackel, Paul A. «Stakeholders and Community Participation.» 6994-6998. 2014.

UNESCO. «Directrices operativas para la aplicación de la Convención para la Salvaguarda del Patrimonio Cultural Inmaterial.» 2016.

Vasconcellos, Camilo de Mello. «Los retos de la Inclusión Social en los Museos Universitarios Brasileños: El proyecto educativo del Museo de Arqueología y Etnología de la USP con la Favela São Remo.» 6º Congreso Internacional de Museos Universitarios: Nuevos Caminos para los Museos Universitarios. Ciudad de México: Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM) y Comité Internacional de Colecciones y Museos Universitarios del Consejo Internacional de Museos (UMAC/ICOM) , 2006.